


Beber o no beber

Una odisea ética

LAWRENCE OSBORNE

Traducción de Magdalena Palmer

gatopardo ediciones 

Título original: *The Wet and the Dry: A Drinker's Journey*

Copyright © 2013 by Lawrence Osborne

Este libro ha sido publicado de acuerdo con Crown,
un sello de Random House, una división de Penguin Random House LLC.

© de la traducción: Magdalena Palmer, 2020

© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2020

Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: noviembre de 2020

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: *Martini* (1994),

© herederos de John Register

Imagen de la solapa: © by Chris Wise

ISBN: 978-84-121414-7-4

Depósito legal: B-17754-2020

Impresión: Reinbook serveis gràfics, S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



El escritor Lawrence Osborne en Bangkok, ciudad donde reside, en 2017.

Vive en secreto.

EPICURO

Aquel verano en Milán, mientras la temperatura alcanzaba a diario los treinta y cinco grados en las calles y plazas desiertas que rodeaban mi hotel, me obligué a dejar de soñar con los fiordos noruegos y los hoteles de hielo del círculo polar ártico para, haciendo de tripas corazón, dirigirme a la sala donde un carrito ambulante equipado con cubiteras, rodajas de limón y removedores de cóctel se utilizaba para servir gin-tonics a los huéspedes del Town House Galleria. Me gustaba ir cuando no había clientes y el bar nómada era mío y solo mío. Los ventanales estarían entreabiertos, los visillos de lino ondearían en la brisa y las flores se marchitarían en las mesas del restaurante. El carrito de las bebidas también ofrecía botellas de coñac anónimo, un cuenco de aceitunas marinadas, diferentes amargos de angostura y botellas de Fernet. Era como estar en un hospital de lujo donde, puestos a pagar, tienes derecho a matarte a copas en la intimidad. Y eso haces, porque eres un ser humano y beber es de lo más agradable.

En la mesita de centro había revistas de moda que nadie hojeaba, y del comedor vecino llegaban las voces de los rusos adinerados que abrían langostas con tenazas de plata

y hablaban con ignorancia de la carta de vinos que el único hotel de siete estrellas de Europa ofrecía a sus huéspedes. Les oí decir «Sassicaia» antes de dejar la carta sobre la mesa y estallar en carcajadas. Costaba seiscientos euros la botella. El camarero me preguntó cómo quería el gin-tonic. Le dije que con tres partes de tónica y una de ginebra Gordon's, tres cubitos de hielo y una corteza de lima. La marca de la tónica no es relevante. El combinado se sirve con la música preliminar del tintineo del hielo y un perfume que alcanza la nariz como un aroma a hierba cálida. Vuelve la calma. Es como acero frío en forma líquida.

Acudía al salón del hotel a las seis con cierta regularidad, incluso cuando tuve que dar una charla en el Teatro Dal Verme. Una noche me entrevistaron para la televisión y una emisora de radio, y la ginebra me supo más dulce, se volvió más embriagadora. Farfullé mis frases hasta que vi cómo cambiaban los rostros que me rodeaban: «¿Es uno de esos?», intuía que se preguntaban. Me quedé ahí sentado, hablando sin cesar de mi último libro que ya ni recuerdo, mientras el vaso temblaba levemente en mi mano y tintineaba el hielo. A aquellas chicas bonitas les pareció divertido.

—¿Siente una afinidad especial por Milán?

—Nunca había estado aquí.

—¿Toma siempre un gin-tonic a la hora del cóctel?
Risas.

—Lo llevo en la sangre.

Les pareció una respuesta peculiar, sobre todo porque el vaso seguía temblando en la mano de un alcohólico.

—Es una bebida inglesa —añadí—. La bebida nacional.

Lo anotaron. Siglos atrás a *ella* se la conocía en las calles de Londres como Madame Geneva, una asesina.

—Corten —murmuró el director.

Siempre acabo solo con una copa y literalmente sediento. Me senté junto a la ventana con mi gin-tonic de cua-

renta euros y admiré la Galleria, cuya planta baja se compone de múltiples bares y cafés. El arquitecto Giuseppe Mengoni, autor del proyecto, murió al caerse de la cúpula de cristal en 1877, dos días antes de la inauguración. El forjado sirvió de inspiración a la Torre Eiffel. Los cafés estaban iluminados y la tienda de Prada resplandecía, llena de cristales y espejos. Los turistas chinos fotografiaban y revoloteaban alrededor del pequeño mosaico de un toro que ocupaba el centro de la galería. En las *terrazze* había hombres trajeados con copas de Spritz, Negroni *sbagliato* y Campari solo. Era un coqueo colectivo, alegre y desenvuelto, en sillas de mimbre, con servilletas, servicio y pinzas para el hielo. Nadie estaba de pie ni nadie se caía. Nadie gritaba ni mostraba indicios de incontinencia. Así es como beben los italianos. Los hombres se sientan cara a cara con las mujeres y hablan con ellas a un nivel de decibelios acorde con el interés sexual. Originariamente la Galleria se concibió como un prototipo de lo que ahora llamaríamos centro comercial, pero también era un espacio cubierto y protegido para comer y beber. El protocolo del aperitivo y el digestivo casaban a la perfección con aquellos espacios resonantes y sus alegóricos frescos.

«Otros países beben para emborracharse —escribió Roland Barthes en una ocasión—, y eso es algo aceptado por todos; en Francia, la embriaguez es una consecuencia, nunca una intención. La bebida se considera la prolongación de un placer, no la causa necesaria del efecto buscado: el vino no es solo un filtro, sino también el pausado acto de beber.» Lo mismo puede decirse de los italianos.

Sorbí mi ginebra aguada, y, como me ocurre siempre que «entro» en esta bebida (pienso en las bebidas como elementos en los que se penetra, como masas de agua o lugares), mis pensamientos volvieron al pasado, a la Inglaterra de mi infancia que ya no poseía y que sin duda había dejado

de existir. Pero el motivo era un completo enigma. Como los abstemios recuerdan insistentemente a quienes consideramos que el alcohol es la esencia de la vida, la mente es un cuerpo químico. Estamos condenados a controlarla.

Muchos de los huéspedes del hotel eran árabes ricos a los que a veces veía deambulando por el restaurante con sus hijos y sus enmascaradas esposas en busca de una mesa. Se detenían junto al balcón y bajaban la vista a la tienda de Gucci y a las terrazas de los cafés. Sus expresiones parecían casi desdeñosas. Aunque en gran medida los árabes ricos del Golfo hacen de puente entre Europa y Oriente Medio, presentía que cuando miraban las mesas atiborradas de coloridas bebidas alcohólicas se sentían perplejos y distantes. Incluso en Dubái, de donde procedían muchos de ellos, la gente no consume alcohol en público, ni en espacios espectaculares definidos por su carácter multitudinario. Creo que era ese carácter público, esa desenvoltura, lo que hacía que arrugaran la nariz y se retirasen con su familia a la mesa del comedor llena de botellas de agua mineral fría. Pero es solo una suposición.

Cuando vemos a estos musulmanes acaudalados con sus familias en nuestros restaurantes de lujo, es probable que nos digamos: «Tienen dinero, pero no son libres. Mira a sus mujeres. Mira esas botellas de agua mineral en la mesa. No pueden beber».

No está claro qué nos ofende más, si la ocultación de las mujeres bajo el *hiyab* (la elegancia del cuerpo únicamente sugerida por las uñas perfectamente pintadas o un hermoso tobillo), o los refrescos que sustituyen a las majestuosas botellas de vino, la patética botella de agua que suple a un decente Brunello. Pensamos que hay un vínculo entre las prohibiciones que gobiernan a las mujeres y el alcohol. Quizá sean las moléculas de alcohol que fluyen constante-

mente por nuestro sistema sanguíneo día tras día, noche tras noche, en general con un efecto apenas perceptible, las que hacen que el occidental se sienta libre, sin restricciones, magníficamente insolente. Para los musulmanes, el occidental se encuentra en un estado constante, si bien inadvertido, de embriaguez, pero él siente que gobierna el espacio y gestiona el tiempo con sabiduría. Bebemos desde el final de nuestra infancia hasta nuestra muerte, sin abstenernos —casi nunca o nunca— ni siquiera una semana, el tiempo necesario para eliminar de nuestra sangre las últimas trazas de alcohol.

Una libertad inusual. Ni en la peor de sus pesadillas podría imaginarse ese millonario de Abu Dabi un sábado en Bradford. Si lo plantáramos en Dagenham a las once de la noche un fin de semana, no sabría en qué planeta se encontraba. Cuando estoy en Londres, a veces tomo el último autobús para volver de London Fields a Old Street, una experiencia instantáneamente reconocible gracias a las imágenes de Gin Lane que nos dejó William Hogarth. En las terrazas de la Galleria, el millonario árabe no ve a chicas desfallecidas en su propio vómito, pero esos cócteles al atardecer tampoco le parecen un acto de libertad. Y le desconcertaría saber que así lo consideramos nosotros.

Unos años antes había viajado en autobús por Java, una isla mayoritariamente abstemia. Mientras me desplazaba de ciudad en ciudad en una interminable confusión de hacer y deshacer el equipaje, dormir y despertar, empecé a aburrirme e inquietarme, o, mejor dicho, mi sangre empezó a vaciarse de alcohol y yo a sentirme más ligero, más lúcido y más abrumado por la ansiedad.

Exhausto, me detuve en la ciudad religiosa de Solo, también conocida como Surakarta. De Solo procedían los terroristas de Bali; era la ciudad cuyas exaltadas escuelas

religiosas predicaban la yihad contra el sector turístico de Indonesia. El grupo Jemaah Islamiyah, vinculado a Al Qaeda, atentó dos veces contra el JW Marriott de Yakarta, primero en 2003 y después el 17 de julio de 2009. El JW es célebre por su bar deslumbrante y cosmopolita. Diecinueve muertos. En 2002, el mismo grupo detonó dos bombas en el interior del Paddy's Pub y el Sari Club de Kuta, en Bali, un atentado en el que murieron 202 personas. En 2005 repitieron la jugada en una zona de restaurantes de Kuta y en algunos *warungs* (pequeños restaurantes al aire libre que suelen servir cerveza) de Jimbaran, un pueblo costero frecuentado por occidentales. Murieron veinte personas, muchas por metralla y por las bolas de metal que llevaban los explosivos. Los autores, que fueron ejecutados, lo llamaron «justicia».

Me alojé en un hotelito y bajé a la calle al atardecer. Ya se respiraba un ambiente peculiar.

Estudiantes vestidos de blanco paseaban por una ciudad abstemia de seiscientos mil habitantes mientras las mezquitas predicaban a través de sus altavoces. Mi precario indonesio me permitió identificar la palabra «impuro» entre aquellos torrentes de pasión verbal y empecé a preguntarme si yo lo sería; si yo sería impuro por una serie de razones indiscutibles que no se podían modificar. Me acerqué a una esquina y pregunté a un grupo de estudiantes si había algún restaurante donde quizá sirvieran cerveza.

No había prestado atención a las imágenes de Osama Bin Laden ni a las miradas frías y prolongadas de los chicos vestidos de blanco. Planteé la pregunta sin tacto, pero con inocencia. En cuanto acabé la frase fui consciente del error, de la metedura de pata. Pero era demasiado tarde para retractarme o echar a correr, por lo que tendría que capear el temporal que probablemente se avecinaba. Sin embargo, aquellos chicos me sorprendieron. No se mostraron ofendidos, ni siquiera molestos por la pregunta; muy al contra-

rio, hicieron algo asombroso. Me invitaron a tomar un café y a charlar del asunto. Quizá fueran capaces de hacerme ver que mi pregunta era, si no absurda (dada mi impureza), al menos innecesaria en un sentido más amplio.

¿Acaso no veía yo —objetaron ya en el café— los desastres que el alcohol había traído al mundo occidental? Era una plaga, una enfermedad del alma. Sus razones para coincidir con la prohibición de tomar alcohol del Corán no se limitaban a un mero y rígido acatamiento, sino que estaban hábilmente argumentadas. Lo terrible de beber, dijeron con gravedad y coincidiendo entre sí, era que el alcohol nos privaba de nuestro estado de conciencia normal. Por lo tanto, falseaba toda relación humana, todo momento de lucidez. Y también falseaba nuestra relación con Dios. Un día, el Gobierno cerraría todos los bares y la capital volvería a ser hermosa. Estaría purificada.

—Pero ¿os gustaría ir a un bar antes de que la purificasen? No tendría nada de extraño.

Los chicos flacos vestidos de blanco cambiaron de posición, incómodos, y de pronto todos nos quedamos mirando tímidamente el suelo, donde una cucaracha avanzaba entre las colillas y las chapas de las botellas. ¿Quién podía hablar de deseos en un café inundado por la luz de los fluorescentes y sometido a los altavoces de la mezquita?

Nuestra conversación se había interrumpido en aquel punto crítico, pero la recordé muy claramente esa noche, mientras bebía en Milán y contemplaba a las familias árabes con sus botellas de Perrier. Yo bebía y ellos no, y con esos chicos había ocurrido lo mismo. Recordaba particularmente la expresión «una enfermedad del alma», porque cuanto más pensaba en ella, más incapaz me sentía de rebatirla, aunque tampoco la aprobase.

Dos estados, beber y no beber: hacemos equilibrios entre ambos. Quizá todo bebedor sueña con su propia abs-

tinencia y todo musulmán o cristiano abstemio sueña con una copa al final del arcoíris. A saber. Sin duda todas las cosas son dialécticas, pensé mientras paseaba por la ciudad de Solo con la esperanza de cruzarme en algún callejón oscuro con el más encantador de los prodigios: un musulmán alcohólico. (Sentía debilidad no solo por los musulmanes alcohólicos, sino también por la misma idea de su existencia. Un musulmán alcohólico me ayuda a no perder la esperanza en la salvación de la raza humana.)

Atravesé un mercado nocturno donde abrían varios animales en canal y pasé por delante de cafés llenos de hombres sin mujeres, encorvados sobre mesas con refrescos y un té instantáneo llamado Tea Pot. Había en ellos una delicadeza extraña y desagradable. Removían sus vasos de zumo de lichi con una mano y con la otra comían de unos platos ovalados de plástico con la mirada clavada en el extranjero impuro. Es fácil volverse paranoico.

El no musulmán entre musulmanes está sumido en un entorno singular. Se trata de algo puro, algo deseable, y al mismo tiempo molesto. ¿No se trataría del convencimiento, en ese preciso instante en Solo, de que todas las personas de la ciudad estaban sobrias y siempre lo estarían?

«Seiscientas mil personas y ni un solo bar», pensaba una y otra vez. Me parecía la receta perfecta para la locura. Era aquí donde Abu Bakar Bashir dirigía su internado (o *pesantren*) Al-Mukmin, el hogar espiritual de los tres hombres ejecutados por los atentados de Bali de 2008. Era el centro de la Jemaah Islamiyah, la red de terrorismo islámico de Indonesia. Uno de esos hombres, Imam Samudra, concedió una entrevista a la CNN justo antes de que lo ejecutara un pelotón de fusilamiento, y explicó, en un inglés precario, que había aprendido a fabricar bombas en Internet y que era correcto masacrar bebedores en los bares por las muertes provocadas por el «Comandante Bush». Otro

de ellos, Amrozi Nurhasyim, afirmó en la misma entrevista que las fotografías de los cuerpos carbonizados no le producían la menor emoción. Eran «*kafirs*, no musulmanes», dijo. Solo era su ciudad, y supuse que él conocería muy bien estas calles.

La inquietud que sentía a medida que me internaba en los mercados nocturnos se debía también a que llevaba días sin beber, algo que recordé muy bien mientras me tomaba un gin-tonic en el hotel de Milán y oía a la multitud en las mesas de abajo, el hermoso ruido de los bebedores unidos bajo un mismo techo. Únicamente cuando nos rodean los abstemios llegamos a comprender cuánto debemos a la química del alcohol.

El camarero se acercó, me preguntó por enésima vez cómo quería el gin-tonic (yo había decidido seguir bailando con Madame Geneva) y me sumí en la tenue música de los cubitos de hielo y ese aroma a hierba cálida mientras me preparaba el combinado. Cuarenta euros por un gin-tonic: parecía algo excesivo, y ¿existe un gin-tonic que sea treinta euros mejor que uno malo? Removí el hielo e incliné la copa para contemplar la emulsión aceitosa en la superficie del líquido. Mucho mejor que un bellini o el temible *sgroppino*, ese combinado veneciano de sorbete y vodka que aquel verano era omnipresente en los bares de Milán. El noble gin-tonic es verdaderamente un *cocktail da meditazione*. Producto de la India y del Raj, de los británicos, del calor tropical y sus enfermedades (la quinina de la tónica se usaba para tratar la malaria), este simple combinado es el único que puedo consumir rápidamente, el único en que los cubitos no estorban y entumescen.

Sentía tal sosiego que no podía levantarme, y contemplé —como de lejos— la posibilidad de pasarme toda la tarde allí sentado. La matriarca árabe me miró de soslayo y

supe lo que estaba pensando. No obstante, para mi sorpresa alzó su copa de agua y sonrió. Parecía saber que yo no estaba del todo acabado o ni siquiera acabado a secas, porque nunca acabamos del todo. Se bebe desde la cuna a la tumba, sin pensar. Así que levanté mi gin-tonic y dije: «Inshalá». Una blasfemia, en efecto, pero su marido no me oyó.